

SILLÓN DE OREJAS

Hasta luego, cocodrilo (tictac, ñam-ñam)

Por Manuel Rodríguez Rivero

CREÍA MARSILIO FICINO, astrólogo además de filósofo, que el sueño era una de las vías mediante las que podía accederse a la *vacatio animae*, un estado durante el cual el alma abandonaba temporalmente al cuerpo y, libre de ataduras, vagaba libre por las esferas superiores. Ignoro si el sueño neoplatónico tendría también una explicación para las pesadillas, esas horribles Némesis del cansancio nocturno que tan a menudo me acechan y me dejan hecho polvo. La última tuvo lugar la noche del domingo, tras la victoria de Syriza: en el sueño me levantaba de la cama sobresaltado para averiguar quién era el responsable de los perentorios timbrazos que me habían despertado a altas horas de la madrugada. Al abrir la puerta de mi casa me encontraba con el señor Rajor, quien, luciendo una seráfica sonrisa, y antes de que yo pudiera decir nada, me espetaba: “¡Hola!; solo venía a darte las gracias”. Me desperté, agitado y sudoroso (y, ¡ay!, sin haberle contestado como se merecía) en ese mismo instante, con el corazón laténdome al ritmo del tictac del reloj del Capitán Garfio, el mismo que se había tragado el cocodrilo del país de Nunca Jamás junto con la mano que le cortó Peter Pan, y cuyo sonido mecánico siempre anuncia la cercanía amenazante del saurio en busca de más porción de aquella carne corsaria que tan bien le había sabido. O, si se prefiere un símil más contemporáneo, con el mismo tictac movilizador y mediático con el que el líder de Podemos, a la vez sobrado y ambiguo, pretende marcar el tiempo (político) de mi onírico visitante nocturno: desde aquel “váyase, señor González” aznareño no escuchaba un mensaje político con tanta potencialidad para convertirse en eslogan. En todo caso, y por seguir refiriéndome a los sueños y a las personalidades opuestas, estos días he vuelto a leer, en traducción de Catalina Martínez Muñoz, y con las ilustraciones ya clásicas (1948) de Mervyn Peake (a las que, por cierto, restan intensidad los fondos naranjas de esta edición), *El extraño caso del doctor Jekyll y el señor Hyde* (1886; ahora en Alba), de Robert Louis Stevenson, una de esas obras maestras que nunca terminan de dar lo que llevan dentro. Leída de nuevo esta historia inmortal, me sigue sorprendiendo su sencillez y su carga terrorífica, su inteligente desvelamiento progresivo de las claves del enigma, su modernísima habilidad para involu-

crar al lector, a través de varios narradores, en la tarea de desciframiento. En el substrato está la fijación de la literatura gótica tardovictoriana (como ocurre en *El Drácula* de Stoker, 1897) por la degeneración, la deformidad, la transgresión de las barreras naturales: nada en esta tenebrosa novela recuerda la cegadora luminosidad de *La isla del tesoro* (1883). Stevenson la escribió en estado febril (algunos biógrafos afirman que con ayuda de cocaína) en muy pocos días, obsesionado por narrar una historia de contenido filosófico que llegara al gran público. Y vaya si lo logró: su enorme recepción po-

gastonomía ha encontrado definitivamente un lugar privilegiado en el panteón del arte. La hiperestetización de aquella primitiva actividad esencial para la supervivencia es hoy absoluta: desde la imagen del cocinero de tasca de barrio disponiendo en el plato sus reducciones al Pedro Ximénez como si se trataran de *drippings* de Jackson Pollock hasta la batahola interminable de programas televisivos que nos enseñan cómo comer peor, pero *emplatando* el comestrujo de modo vistoso, todo revela esa pasión contemporánea por la gastronomía como forma de asequible (aunque no

librerías españolas la próxima semana. Un centenar de autores —desde san Agustín a Virginia Woolf, de Boccaccio o Kafka a Austen o Cozarsky— se exhiben en textos cuidadosamente escogidos acerca de la comida y la bebida, los cocineros y las recetas, los comensales, la dieta, los ritos y modales de mesa, y casi todo lo que rodea a la preparación, presentación y consumo de los alimentos. Complemento muy oportuno de su lectura lo constituye la de *El hambre* (Anagrama), el último ensayo del cronista y narrador argentino Martín Caparrós, que reúne de forma apasionada y militante observaciones e investigaciones (ya utilizadas parcialmente para su novela híbrida *Comi*, Anagrama, 2013) realizadas a lo largo de un prolongado trabajo de campo que le llevó de Níger o Bangladés a Chicago o Barcelona con una misma obsesión: estudiar las muy diversas historias del hambre y de sus víctimas (una de cada nueve personas), de las formas que adopta, de la siniestra paradoja (inducida) de que millones de individuos malcoman en un mundo que (aún) produce alimentos suficientes para todos, y en el que la comida y su escasez se han convertido en objetos de especulación financiera.

Reediciones

UNA DE LAS CONSECUENCIAS de la prolongada crisis económica sobre la política editorial ha sido el espectacular descenso de las reediciones; algo, por cierto, de lo que no se habla. Utilizando datos proporcionados por la Agencia del ISBN, comprobé que el número de reediciones registradas en 2009 fue de 5.917, mientras que en 2014 ha sido de 1.770: un descenso del 70% a lo largo de los años más duros. Como para contabilizar una reedición se hace necesario que el texto original haya experimentado modificaciones sustanciales que requieran un nuevo ISBN (a diferencia de las reimpressiones, con las que, a menudo, se confunden interesadamente), el descenso de las reediciones no parece afectar mucho a la literatura de creación. Lo que lleva a pensar que las grandes víctimas de ese descenso no son las novelas (o la poesía), sino los libros de referencia, los científico-técnicos y, en general, los ensayos. De modo que no les extrañe al preguntar por alguno de ellos el librero le conteste que está “agotado”. •



Peter Pan y Garfio, en un fotograma de la película de dibujos animados *Peter Pan en regreso al país de Nunca Jamás*.

pular (la academia tardó mucho en incluirlo en su canon) se prolongó repetidas veces en el cine de la primera mitad del siglo XX, donde su criatura escindida (“fue en el terreno moral y en mi propia persona donde aprendí a reconocer la verdadera y primitiva dualidad humana”, explica Jekyll en su confesión) fue encarnada magistralmente por actores como Frederick March (Rouben Mamoulian, 1931) o Spencer Tracy (Victor Fleming, 1941), mis dos Jekyll-Hyde de celuloide favoritos.

Ñam-ñam

EN LA ÉPOCA DE LA DESMATERIALIZACIÓN de la comida en la mitad saciada del mundo, la

siempre) consumo conspicuo. Poco o nada recuerda nuestro remoto pasado de cazadores-recolectores, y menos aún de gargantúas (o heliogabalos) insaciables e ignorantes de aquellas *manières de table* que marcaban infranqueables barreras sociales. Claude Lévi-Strauss, al que nadie parece recordar, explicaba que la cocina es un lenguaje en el que se traduce inconscientemente la estructura de una determinada sociedad, algo aún más patente en nuestras sociedades homogéneas, mestizas y globalizadas. De esa evolución da también buena cuenta —y desde muy temprano— la literatura, como muestra la estupearología *Escritos sobre la mesa* (editorial Adriana Hidalgo), que llegará a las

ca, porque está sustentada en la base de datos de Wikipedia, es la que publica el blog *Bookriot* sobre los *best sellers* de todos los tiempos (excluyendo la Biblia y el Corán). ¿*El señor de los anillos*? ¿*El Principito*? ¿*La saga de Harry Potter*? Ninguno de ellos. El libro más vendido es *Historia de dos ciudades*, de Charles Dickens. Ya lo saben, Dickens es el amo.

Joan Didion, sin duda, es una chica *cool*. Siempre lo ha sido (¿conocen la sesión de fotos de Julian Wasser frente a un deportivo?) y por ello no debería sorpren-

arnos que la casa de modas Céline la haya escogido como modelo para el lanzamiento de su última temporada. La verdad es que se le ve hermosa con esos lentes, las canas y el vestido negro (aunque siempre hay aguafiestas, véase Hadley Freeman de *The Guardian*).

“Les dejo estas letras en este último día de este mísero y próspero año..., el reloj sigue girando. No hace frío ni calor, y extendiendo mi voz como un abrazo anticipado hacia ustedes... Los beso a todos, a quienes compartieron conmigo en alguna turbia noche. Nos vemos, donde sea”. Esa carta abierta a sus lectores en el muro de Facebook de Pedro Lemebel fue su despedida. El gran escritor chileno murió de cáncer en la laringe, a los 62 años, el pasado 23 de enero. Nunca habrá nadie como él.

Finalmente, un regalo para adictos a los blogs originales: *Literary jukebox*. Se trata de unir citas de escritores célebres y relacionarlas con canciones. Si quieren saber lo bien que funcionan Virginia Woolf y David Bowie, por ejemplo, no dejen de entrar en la página y darle al *play*. •

El libro más vendido de todos los tiempos es ‘Historia de dos ciudades’. Ya lo saben, Dickens es el amo

AVISOS PARA NAVEGANTES

Murakami responde

Por Iván Thays

A NADIE LE HA SORPRENDIDO la cantidad de consultas que ha recibido hasta fines de enero Haruki Murakami en su estrenada web Murakami-san no Tokoro (el lugar del señor Murakami), pero lo que no deja de ser admirable es la rapidez con que Murakami ha respondido a preguntas de todo tipo, en japonés y algunas en inglés. Entre ellas, se ha referido al arte de escribir confesando que es tan tímido como sus personajes masculinos (“saber escribir es como saber conversar con las chicas; uno puede aprender con la práctica, pero en realidad o naces con eso o no”); al hecho de ser finalista eterno del Premio Nobel (“es muy molesto [...] ni siquiera soy uno de los finalistas oficiales,

sino que se trata solo de las apuestas de alguien. Me siento como si fuera un caballo de carreras”) y hasta a los gatos desaparecidos (“los gatos tienen tendencia a desaparecer, así que hay que cuidarlos bien mientras estén alrededor”).

Una lista de las 12 mejores novelas del siglo XXI hecha por la BBC ha generado mucho debate. Obvio, solo aparecen norteamericanos o británicos (recién en el puesto 19 aparece un autor original en español, Roberto Bolaño con *2666*), pero lo que ha incendiado la pradera es que la primera en la lista sea *La maravillosa vida breve de Oscar Wao*, de Junot Díaz. ¿Realmente es esa la mejor novela de lo que va del siglo? Una lista menos polémica,